

PERFILES DE 500 AÑOS DE EXCLUSION Y LUCHA DE LA NACION DOMINICANA

José Antinoe Fiallo

Cuando los europeos entraron en contacto con la isla de Haití, llamada por el cronista Martir de Anglería, Quisqueya, y por Cristóbal Colón La Española, la isla contaba con una población de por lo menos 200 mil aborígenes, predominantemente de la etnia taína, y, en menor proporción, de las etnias de los macorixes y ciguayos.

La sociedad aborígen taína, organizada sobre la base de comunidades igualitarias de agricultores, cazadores y pescadores, fue progresivamente destruida por el conquistador español para lograr la explotación de la fuerza de trabajo y el dominio territorial de sus recursos naturales, en sucesivas campañas militares que expandieron su dominio de norte a sur y de este a oeste de la Isla.

Centrando su reproducción en fortalezas militares y núcleos urbanos como ejes de control, el conquistador español expandió sus asentamientos productivos como base para relaciones esclavistas y tributarias de producción. Primero, se puso en operación el coto minero para la extracción de oro; luego, sobrevino la explotación de cultivos agrícolas de subsistencia, hatos ganaderos para la reproducción de caballos para dar movilidad a la conquista; y, ulteriormente, para obtener otro tipo de ganadería para la alimentación y el negocio de cueros.

Rápidamente, el conquistador debilitó la etnia taína al atacar sus bases materiales y espirituales de equilibrio: destruyó sus redes de solidaridad y subsistencia y quebró su cosmovisión religiosa e ideológica, produciendo grandes matanzas como las guerras de Higüey y el *genocidio de Jaragua*, entre otras atroces leyendas, no tan negras como la percepción eurocéntrica pretende justificar.

En 1518 la población taína estaba cercana a los 17 o 20 mil pobladores y se hallaba en los umbrales de su última gran rebelión contra el poder colonial español. Las rebeliones habían comenzado en los propios albores del 1493 con la destrucción de la Fortaleza o Fuerte de

La Navidad que Cristóbal Colón había dejado emplazado en su primer viaje como puesto de control y presencia; continuaron en sucesivos intentos que culminaron con el levantamiento del líder taíno Enriquillo en 1519, quien asimilando experiencias y asumiendo el método de la guerra de guerrillas, transformó la Sierra de Bahoruco en base de una prolongada lucha armada que culminaría en 1533 sin ser derrotado, con un tratado con el poder colonial.

Montando sobre un esquema extrovertido y destructivo, arranca en la visión mercantilista de la época que culminaría con el esquema de monopolio comercial de la Casa de Contratación de Sevilla; a partir de 1501, se organizan las bases para una vía colonial que comenzaría a madurar pasando por la esclavitud de "justa guerra", la encomienda indiana, la tributación forzada, y, al final, la esclavitud del africano expulsado y negociado por la trata negra.

Coincidiendo con el alzamiento de Enriquillo, la Corona y el poder burocrático de la aristocracia colonial redoblan sus esfuerzos para incentivar el desarrollo de la industria azucarera. Ante la merma del taíno como etnia en extinción por la estructura de explotación colonial, se expiden licencias para la introducción masiva de africanos esclavizados, comenzando con una licencia que autorizó el ingreso de 4 mil de ellos. Ya en 1550 habían sido ingresados a la isla cerca de 35 mil africanos, destinados en su gran mayoría a la industria azucarera, sea en sus plantaciones cañeras o en ingenios poderosos y trapiches, o en algunos hatos y estancias.

La esclavitud intensiva de la industria azucarera, en lo que se refiere a la explotación del esclavo, fue acompañada de fuertes ingredientes de represión y control, como se establece claramente en las Ordenanzas de 1528 dictadas por la Corona; esto provocó, de manera prácticamente inmediata, en 1521, el inicio de las rebeliones de esclavos africanos que culminaron con los grandes alzamientos cimarrones del siglo XVI encabezados por legendarios jefes guerrilleros como Ocampo, Vaquero, Lemba, entre otros.

La herencia taína, la imposición de la cultura opresora colonial y la emergencia de las etnias africanas esclavizadas conformaron un crisol, el mestizaje multicultural, el fenómeno de la mulatería, centro del lento proceso de la conformación de la nación dominicana como consecuencia de la conformación periférica de la colonia (la exclusión a escala planetaria del colonialismo) y la articulación de esta condición a la esclavización masiva de la fuerza laboral.

POTENCIAS, PERIFERIA Y RAÍCES DE LAS LUCHAS NACIONALES

Las necesidades de expansión, primero del mercantilismo y luego del capitalismo naciente, generaron una creciente competencia entre las potencias y los países hegemónicos del período, dándose una sucesión

y transferencias de esa hegemonía de diversos signos. Comenzando en Italia, recorrería en su tránsito los Países Bajos, España, Portugal, Francia e Inglaterra, lo cual se reflejó de manera inexorable en el Caribe, definido de manera acertada por el ex-presidente dominicano Juan Bosch como "Frontera Imperial".

La lucha por el control de las áreas geoestratégicas, sean rutas marítimas o terrestres y territorios con recursos, transforma los siglos XVI, XVII y XVIII en infiernos para la redefinición de las periferias coloniales, disputadas a sangre y fuego, en una circulación de ejércitos, flotas, mercenarios, corsarios y piratas.

España, en la medida en que era arrinconada por sus propias limitaciones históricas acumuladas como potencia señorial y por el avance incontenible de burguesías con sus dinámicas de acumulación originaria y acumulación capitalista, se vio en un largo proceso de desgaste, atada en Europa y agujijoneada en mares y territorios por corsarios y piratas.

La isla de Santo Domingo quedó atrapada a finales del siglo XVI e inicios del siglo XVII en esa dinámica, decayendo la industria azucarera, perdiendo importancia geopolítica, siendo escenario de crecientes alzamientos cimarrones y asistiendo al decrecimiento de la élite aristocrática y burocrática española y criollo-oligárquica. Y ahora se encontraba bajo la amenaza de los ataques corsarios que se iniciaron desde temprano en el siglo (1535 a 1540) y que culminaron con el asalto del jefe corsario inglés Francis Drake en 1586, quien saqueó la ciudad de Santo Domingo y puso precio de rescate para su abandono en varios miles de ducados.

La crisis estructural española, la crisis de la colonia de Santo Domingo por un cúmulo de factores endógenos y la expansión de las potencias manufactureras europeas, generaron una virtual escisión de la colonia. Por un lado, una minoría burocrática colonial, una coalición de la Corona y la burocracia isleña dominante; por el otro, el grueso de la población, no sólo el sector compuesto por los esclavos, sino también de un sector apreciable de los propietarios criollos y blancos, hateros y finqueros, con sus respectivas representaciones municipales.

Para poder sobrevivir, esta última coalición o alianza generalizó los contrabandos y rescates con ingleses, holandeses, portugueses, expandiendo una economía mercantil ilegal que rompía el rígido monopolio español en la economía y el control político territorial de la alta burocracia oficial.

Virtualmente, entre 1601 y 1602, toda la banda norte y occidental de la isla estaba en relación de ruptura con el monopolio y el control político español, y en articulación creciente como economía mercantil con la dinámica del mercado mundial en gestación, por la creciente expansión de las burguesías comerciales, manufactureras y tratistas (esclavistas) de diferentes signos europeos.

Se expresaba de forma aguda y cruda en el territorio isleño la lucha por la hegemonía en la nueva frontera imperial, y en 1605 y 1606, luego por la Cédula Real Española de 1603, se decretan las Devastaciones y Despoblaciones de toda la banda norte y occidental de la Isla, destruyéndose los puertos, ciudades, aldeas y unidades productivas, produciéndose el traslado compulsivo de la población a áreas del territorio surcentral.

A pesar de las protestas, levantamientos y migraciones de escape a la isla de Cuba, la Corona destruyó la potencialidad mercantil de la economía antimonopólica y abrió el camino, al abandonar vastos espacios territoriales, a la escisión de la isla en dos colonias, al iniciarse, en el corto plazo, la penetración y progresivo asentamiento de los intereses franceses en la parte occidental y en la legendaria isla de La Tortuga. Bucaneros y sus comprometidos, filibusteros y habitantes-agricultores abrieron el camino de esclavistas y de la Compañía de las Indias Occidentales, por un lado. Por el otro, la confrontación franco-española obligó a la militarización de la colonia española a fortificar las líneas de confrontación (guardarrayas), a crear milicias territoriales (cincuentenas), en suma, y a inscribir en el desarrollo social y burocrático el signo del autoritarismo y la imagen de confrontación con el occidente francés y que luego sería con el occidente haitiano.

La prolongada lucha, de cerca de 70 años, atravesó la conformación colonial de Santo Domingo, y luego cristalizará en los tratados de Ryswick, Aranjuez y Basilea, expresiones jurídico-políticas del retroceso español en los espacios geopolíticos de lucha interimperial. Ya en 1695, estaba consolidada una vasta cabeza de playa francesa en la isla de Santo Domingo; y, de allí a los años 1750-1755, se consolidaba la más productiva colonia francesa de ultramar, el "Saint Domingue", con su dotación de medio millón de esclavos, miles de plantaciones e ingenios, corazón del comercio exterior aristocrático-burgués, pero también con su carga social explosiva de rebeliones cimarronas en sus "habitaciones" o plantaciones. La leyenda del cimarrón Mackandal se levantó en los montes; y, de la crisis del "Ancien Regime" francés explicitado en la fecha burguesa de 1789, se desarrolla el proceso de liberación anticolonial y antiesclavista más importante de la vida contemporánea, cuando en 1791 se produce el levantamiento de "Bois Caiman" y se inicia el proceso revolucionario haitiano que culminaría con la independencia nacional de 1804.

En el escenario de la isla, durante el proceso revolucionario haitiano convergieron franceses, ingleses y españoles junto a las diversas facciones haitianas, en alianzas y coaliciones, integrándose en 1795, legalmente, la parte española de la isla a Francia mediante el tratado de Basilea; pero fue ejecutado en 1801 por Toussaint Louverture en nombre de Francia y por un régimen semiautónomo de naturaleza criolla que abriría el camino de la revolución radical anticolonial.

La derrota de los ejércitos napoleónicos en la antigua colonia de Saint Domingue, hoy Haití, significó una alarma general en las potencias europeas, alertas a una parte de la emergente clase dominante norteamericana en sus facciones esclavistas y proesclavistas. De nuevo el escenario isleño veía recrudecer la lucha interimperial.

Los remanentes de tropas francesas derrotadas en Haití establecieron un régimen militar bonapartista en la parte oriental de la isla en abierta confrontación con el nuevo estado independiente de Haití, dando continuidad conflictiva a la relación este/oeste isleña en una perspectiva de restauración imperial francesa de vocación insular.

En 1808 una coalición de clases, iniciada por guerrillas encabezadas por jefes políticos de la pequeña burguesía emergente, aprovechando la invasión napoleónica a España, desata una rebelión antifrancesa que moviéndose entre presiones y alianzas con sectores haitianos, ingleses y españoles con base en Puerto Rico, determinan el derrocamiento del régimen del general Louis Ferrand y la restauración del poder colonial hatero-español encabezado por un gobernador vitalicio, Juan Sánchez Ramírez, y reconociendo a Fernando VII de España como Rey.

La vuelta al dominio colonial español contenía una carga de atraso (en plena revolución industrial) y opresión y exclusión (esclavitud y discriminación étnica). Esto determinó sucesivas conspiraciones y rebeliones que desgastaron el poder burocrático colonial en un contexto de crisis hegemónica española y contribuyeron a debilitar el sistema esclavista patriarcal, abriendo paso progresivo a la generalización de la producción mercantil simple.

La conspiración de los Italianos, encabezada por Ciriaco Ramírez y el oficial piemontés Edmiglio Pezzi, y luego la conspiración de los esclavos de Mojarra y Mendoza (en dos trapiches de esas localidades), fueron los síntomas del desplome del poder autoritario colonial, a pesar de éste reactivar las odiosas prácticas de los ahorcamientos de los jefes rebeldes y el posterior freimiento de sus cadáveres en alquitrán.

Ya en 1821 el poder aristócrata-burocrático entraba en crisis y una propia facción de éste pretendía, con una maniobra política, salvar su hegemonía, decretando su "independencia" de la metrópoli española, pero manteniendo la estructura esclavista y discriminatoria y el poder de hateros y finqueros. Esta coyuntura, más el despliegue de la estrategia expansionista y de autodefensa de la clase dirigente haitiana, determinó el proceso de fusión del oeste-haitiano y el este en perfilación dominicana en 1822 bajo el régimen del general Boyer.

EMERGENCIA DE LA NACIÓN

La nación dominicana venía de un largo proceso de maduración y perfilación desde finales del siglo XVI con el surgimiento del proceso de mestizaje y el criollo, en sucesivas estrategias de supervivencia que lo

llevaron a transitar por el camino de la guerrilla aborigen, del cimarronaje, las monterías y lanceros, las escuadras de autodefensa, la economía mercantil, el contrabando, la economía de autosubsistencia, la pastoral mestiza y las cofradías, el culto sincrético afro-cristiano y, por último, el surgimiento de capas medias y populares adscritas a la mulatería que minaron el poder aristocrático-terrateniente.

Cuando se produce la fusión con Haití en el 1822, una parte importante de la nación en desarrollo se adscribió a los paradigmas de la revolución haitiana para, a través de ella, completar lo que entendía como tareas urgentes democráticas; aunque, efectivamente, ello fue así en cuanto a su impacto inmediato (abolición de la esclavitud) entrega de tierras a ex-esclavos, confiscación de las propiedades de la Iglesia, etc., la misma dinámica de la generalización de la economía mercantil, los conflictos culturales entre sincretismos de variada constitución, los intereses de la clase dirigente haitiana, entre otros, impedían que las tareas democráticas y populares de la emergencia de la nación terminaran de cumplirse en el contexto de una fusión que devenía, por su dialéctica, en ocupación político-militar.

La propia crisis haitiana a partir de 1835 contribuyó a aflorar la debilidad del segundo momento del proceso, y, desde 1838, en la parte oriental (hoy dominicana), con la formación de la sociedad secreta "La Trinitaria", encabezada por la pequeña burguesía y su líder Juan Pablo Duarte, comenzó a variar el curso de la vía política de la isla unificada.

La confluencia de la crisis del grupo dirigente haitiano, las demandas democráticas en su seno procedente de facciones populares, unida a la acción de demandas democráticas de los trinitarios, generan la coyuntura de 1843-1844, caracterizada por el derrocamiento del régimen de Boyer en Haití y la posterior separación de la parte oriental, constituyéndose a partir del 27 de febrero de 1844 en la República Dominicana.

El hecho de que la ruptura dominicana por la independencia se diera en una confrontación con Haití, determinó una dinámica de intercambio de confrontaciones de los grupos dirigentes dominantes de ambos países, acompañado con el desarrollo de importantes recursos de alineación de las masas populares insulares, quienes serían utilizadas crecientemente como masas de maniobras y ofensivas al calor de las plataformas antihaitianas y antidominicanas.

ANEXIONISMO, PROTECTORADO Y LUCHAS NACIONALES

A pesar de la situación descrita anteriormente y a contrapelo de las sucesivas alianzas de los grupos dominantes encabezados por el general Pedro Santana, caudillo hatero, y Buenaventura Báez, caudillo representativo de la burguesía intermediaria, con los cónsules francés, inglés, español y el agente comercial norteamericano, a partir de 1843-

1844, las fuerzas nacionales dieron continuidad a las exigencias de independencia y libertad del ideario duartista.

En efecto, a pesar de los intentos anexionistas que se iniciaron con el Plan Levasseur apoyado por el cónsul francés, en 1843, y, luego, con la continua actividad ingerencista de las potencias europeas y los Estados Unidos, las fuerzas populares se levantaron de las derrotas sufridas por el Partido Duartista (trinitario) en 1844. En 1857 se produjo el alzamiento del 8 de julio contra la dictadura de Buenaventura Báez y el establecimiento de un poder paralelo en la región del Cibao, como antecedente inmediato y premonición de la guerra revolucionaria de 1863. Derrocado Báez, ascendiendo al poder el general Pedro Santana, haciendo crisis el poder hatero y burocrático tradicional, se produce el pacto de este último con el Estado español, anexándose el país a su vieja potencia colonial y desatándose, casi de manera inmediata, la rebelión del pueblo que culminaría el 16 de agosto de 1863 con el Grito de Capotillo y el inicio de la guerra de liberación nacional, mejor conocida como Guerra de Restauración.

A partir de guerrillas móviles y luego de un poder político popular y armado asentado inicialmente en la Línea Noroeste y el Cibao, se produce el progresivo estrangulamiento del ejército de ocupación español y su necesaria capitulación, lo que reforzaría la vocación antianexionista y patriota de la mayoría del pueblo dominicano. La Guerra Restauradora fue el antecedente antillano del Grito de Lares en Puerto Rico (1867) y el Grito de Yara como inicio de la Guerra de los 10 años en Cuba (1868), anunciando la agonía del imperio español en la frontera caribeña.

Sin embargo, el relevo del Imperio Español en las Antillas y el Caribe estaba en gestación; tan pronto se produjo el cese de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos la burguesía nortea yanki montó sobre su victoria militar la estrategia de expansión en la frontera caribeña, luego de que un general de la guerra, Ulises S. Grant, arribara a la presidencia de los Estados Unidos. Esto coincidió con el ascenso al poder en República Dominicana, de nuevo, del caudillo rojo, Buenaventura Báez. El caudillo rojo y su partido enarbolaron una plataforma de anexión a Estados Unidos y de sujeción del movimiento nacional popular.

La estrategia anexionista pretendió cuajar de manera temprana en un plebiscito para transformar el país en un estado de la Unión Norteamericana en un contexto de represión y violencia. Se desató una larga y sangrienta guerra (1868-1874), denominada la "Guerra de los Seis Años", encabezada por los generales Luperón, Cabral y Pimentel, la cual, a pesar de carecer de un mando único y una estrategia coherente, impidió que el plan anexionista se concretara.

Estábamos en el punto de inicio de una escalada expansionista norteamericana en asociación con una burguesía intermediaria criolla que no cesaría en sus intentos de colonización. Báez inició la sujeción

del país al capital financiero internacional con el empréstito Hartmont por 420,000 libras esterlinas; las consecuencias de la guerra de Cuba y las exigencias del mercado mundial determinaron el surgimiento de la industria azucarera moderna, comenzándose a superar la hegemonía de la producción mercantil simple por la producción capitalista en la división internacional del trabajo. Capitalismo financiero y capitalismo azucarero, redefiniendo la economía agrícola y la producción de excedentes, introducen a la República Dominicana en la periferia del capitalismo mundial y en la necesidad de redefinir sus formas clásicas de dominación, por dictaduras pronorteamericanas que cierran el ciclo de su definitiva periferización.

EN LA PERIFERIA, CON DICTADURAS, OCUPACIONES Y LUCHAS POPULARES

En efecto, luego de 1874, se inicia una lucha de sucesión del baecismo como dictadura proanexionista, que lleva a un interregno breve de gobiernos azules liberales entre 1880 y 1886; en este último año se inicia la férrea dictadura de Ulises Heureaux (Lilís) que duraría hasta 1899, y en la cual se produce el definitivo anclamiento del país en la periferia.

Se produce el progresivo desplazamiento de los intereses europeos, incluyendo alemanes, como ejes de vinculación al mercado mundial, se extiende la garra del capital financiero, mediante el incremento de los empréstitos extranjeros y criollos (capital usurero atado al Estado). Asimismo, se instala el capital azucarero que inicia el tránsito de cubano-dominicano a norteamericano, este último en su fase de maduración como capital imperialista.

La propia dictadura de Lilís, caracterizada por una "concentración inaudita de la hegemonía" (Gramsci) en el caudillo que la encabeza, sofisticada represión y los medios políticos de dominio, establece una coalición popular-burguesa que le da una cierta estabilidad hasta 1897. Sin embargo, la propia política de privilegios en los procesos de acumulación para su burocracia, usureros e intereses norteamericanos, en el contexto de una política monetaria constantemente agresora a productores e intermediarios criollos, genera una crisis económico-política cuyo desenlace es el atentado que acaba con la vida de Heureaux en 1899.

Desplomada esa "concentración inaudita de la hegemonía", con su clásico "equilibrio catastrófico" (Trotsky), se abre un período de aguda lucha intercaudillista al perderse la centralidad estatal, y, por tanto, la necesaria coherencia y globalidad en la política de clase del Estado para dar continuidad al afianzamiento del capitalismo en un territorio de periferia.

Ya en 1904 se produce la primera intervención directa de tropas norteamericanas en las cercanías del centro de la ciudad capital de

Santo Domingo (en Pajarito, hoy Villa Duarte). Esto formaba parte de toda una estrategia de presión para alcanzar la reorganización del poder criollo, logrando la imposición de las convenciones de 1905 y 1907, luego de las cuales el Estado dominicano entra en condición de protectorado. Pierde la capacidad de control de las aduanas, las cuales pasan al Estado norteamericano y entra en la categoría de estado de "ficción soberana", estableciéndose en su corazón una cabeza de playa física de la propia clase dominante y la burocracia norteamericana.

Ello permite en 1906 el ascenso al poder de uno de los caudillos horacistas, Ramón Cáceres, que debía dar continuidad histórica a la dictadura de Ulises Heureaux y a las Convenciones de 1905 y 1907, es decir, un gobierno "criollo" que profundizara la condición capitalista-dependiente del país con relación a los Estados Unidos. El régimen cacerista (1906-1911) realizó muchos esfuerzos por recuperar la centralidad estatal, para lo cual reorganizó el ejército, creando la Guardia Republicana, y trató de controlar y dominar la lucha caudillista regional. No obstante, su política de reforzamiento de la acumulación para beneficio de una minoritaria coalición burguesa-norteamericana desató la lucha interburguesa, por un lado, y el aislamiento del gobierno de su propia base social. Cáceres, que había participado en la ejecución de Ulises Heureaux (Lilís), fue víctima, ahora él, del atentado, y cayó bajo el impacto de las balas en 1911 y por la dinámica de exclusión del capitalismo dependiente.

La ejecución de Ramón Cáceres (alias Mon), en 1911, abrió otra profunda crisis de hegemonía. Y aunque el imperialismo norteamericano redobló sus propuestas y esfuerzos para profundizar la condición de "protectorado del Estado Dominicano", tratando de organizar bajo su dependencia las fuerzas militares regulares, la complejidad de la realidad dominicana y la lucha política caudillista lo impidieron. Este conflicto endógeno se vio ampliado en su dimensión por la Primera Guerra Mundial (1914) en el contexto expansionista yanqui en el Caribe, que se había iniciado en Cuba (1898) y culminado con la Enmienda Platt, lo que dimensionaba geopolíticamente la crisis dominicana en su "mare nostrum", el Caribe.

La crisis de hegemonía dominicana y la lucha por la hegemonía yanqui en el campo capitalista (sobre todo contra Alemania) determinaron la ocupación militar de Estados Unidos de la República Dominicana en 1916, cuya duración se extendió hasta 1924. La isla quedó bajo control completo de la marina yanqui, ya que ésta había ocupado la República de Haití en 1914, completándose el control militar del corazón antillano: Haití, Dominicana y Puerto Rico ocupados y Cuba bajo protectorado.

La lucha del pueblo dominicano contra la ocupación fue larga y sangrienta. Levantamientos inmediatos (como en la Línea Noroeste y el Cibao), guerrillas (como en toda la región Este, sometida a la descampesinización de la acumulación originaria) y el movimiento

urbano nacionalista de las capas medias populares patrióticas, dieron continuidad a la lucha nacional y popular. La dictadura militar colonial, dependiente de la Secretaría de Marina en sus primeros años, entronizó el terror, la discriminación y la generalización de privilegios para las corporaciones y las fuerzas de ocupación.

Todo el esfuerzo de control territorial del ocupante estuvo destinado no sólo a quebrar la resistencia popular (objetivo no alcanzado), sino, además, a lograr afianzar un creciente modelo extrovertido basado en el monocultivo de la caña de azúcar y la recepción masiva de importaciones norteamericanas gracias al mercado cautivo. Para completar esa estrategia se sentaron las bases para la organización del ejército criollo a partir del reclutamiento de una Guardia Nacional, apoyatura del ejército de ocupación, a fin de que garantizara la sucesión de sus fuerzas y el control político una vez se produjera la desocupación del país.

La formación de un embrión de estado neocolonial a partir del ejército de ocupación yanki tutelando una Guardia Nacional, toma la función, además, de transferir el caudillaje político civil fraccionado a un caudillaje militar concentrado en la cúpula militar criolla. Se preparaba con ello la nueva centralidad estatal criolla que sucedería a la centralidad del ocupante, para garantizar la continuidad de la acumulación en esta periferia, sin riesgos de nuevas crisis hegemónicas agudas, como en el post-lilisismo y el post-cacerismo. Allí debemos encontrar la lógica de la genética de la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina, que duraría desde 1930 hasta 1961. En efecto, al producirse la desocupación yanki el 12 de julio de 1924, tras constituirse un gobierno provisional, convocarse elecciones y obtener la victoria Horacio Vásquez (caudillo tradicional), en breve plazo se presentaron nuevos factores de crisis política.

El horacismo vaciló frente a la discusión de una nueva Convención, se enfrentó a la herencia del normalismo (caso de la Escuela Normal Libre), estimuló la corrupción y entró en crisis en su cúpula con la enfermedad del caudillo y presidente Vásquez, que debió visitar Estados Unidos para ser intervenido quirúrgicamente. El cuadro de crisis interna se agravó con el crack en los centros financieros de Estados Unidos; la crisis de 1929 en ese país se abatió con violencia de un huracán sobre la economía dependiente dominicana, reduciendo drásticamente las exportaciones y, por ende, los ingresos estatales.

A pesar de la gravedad de la crisis, el ejército dominicano, encabezado por el General Rafael L. Trujillo, se había constituido en un movimiento militar-político y había generado una fuerza sociopolítica encabezada por la jefatura militar férreamente unificada alrededor de un caudillo militar. Este comenzaba a concentrar en sí una vía burguesa-autoritaria, dando continuidad al capitalismo dependiente que fortaleció la ocupación norteamericana de 1916. El golpe trujillista de 1930, fue, pues, la conclusión lógica del estado neocolonial que se conformó como embrión en la ocupación militar, y abrió el camino a una larga época de opresión

para conformar un modelo de acumulación capitalista y de cultura política que todavía gravita sobre la sociedad dominicana.

LA DICTADURA TRUJILLISTA Y LA HISTORIA DE LA EXCLUSIÓN

A pesar de la resistencia inicial a la dictadura en gestación, sucesivos levantamientos, conspiraciones cívico-militares, escisiones en los primeros núcleos trujillistas de apoyo, el régimen pudo consolidarse combinando medidas de terror generalizadas con una estrategia de centralidad del estado y de acumulación capitalista. En efecto, para superar las consecuencias de la crisis capitalista mundial que se inició en 1929 y las limitaciones de la crisis política y económica endógena para la acumulación capitalista, la dictadura procedió a establecer el monopolio político a través de un partido único, el Partido Dominicano (1931). Combinaba el uso de fuerzas militares y paramilitares y obligaba a la clandestinidad a los opositores de diversos signos atomizando la sociedad civil. Por otro lado saneó las finanzas estatales y desarrolló estrategias de acumulación de excedentes del sector agropecuario para fortalecer el comercio exterior en base a estrategias de supervivencia del campesinado parcelario y la burguesía agraria media.

La primera fase de estabilización de la dictadura trujillista coincidió con la matanza de haitianos de 1937, consecuencia de un conjunto de factores que se refieren a la ideología racista-hispanista-occidental del proyecto trujillista, a la necesidad hegemónica de imponer una identidad reaccionaria a las masas populares, a procesos de acumulación originaria con control territorial, a definir la hegemonía trujillista en el espacio insular y a dejar la impronta de subordinación a la burguesía y burocracia haitianas como extensión geopolítica de la dictadura. Entre 15 y 17 mil haitianos fueron asesinados en aras de ese proyecto histórico de hegemonía insular.

El inicio de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, junto a algunas variaciones políticas en el área caribeña, ostensibles limitaciones que afloraban en la dictadura trujillista y la sobreexplotación de la fuerza laboral, determinaron, entre 1939 y 1947, un largo y dilatado proceso de luchas opositoras internas. Surgieron organizaciones clandestinas y legales, siendo las más importantes de ellas el Partido Socialista Popular, la Juventud Democrática y la Unión Patriótica Revolucionaria.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial y reactivarse la confrontación URSS-USA, de nuevo la dictadura trujillista volvió a ocupar un lugar privilegiado en la política regional del imperialismo norteamericano. Luego de acumular grandes beneficios por los precios de los productos de exportación, requirió de una redefinición y expansión de sus políticas monopólicas y de acumulación, haciendo énfasis en el desarrollo financiero, industrial y manufacturero de la economía urbana. Entre 1949 y 1955 se produjo, con el apoyo consolidado de Estados Unidos y la

jerarquía de la iglesia católica tradicional, lo que ha sido denominado el "boom" de la economía trujillista, consolidándose un emporio económico que permitió acumular al déspota Rafael Leonidas Trujillo Molina una fortuna de más de 800 millones de dólares.

A partir de 1957, y hasta 1961, la dictadura enfrentó su crisis final como consecuencia de la acumulación de factores estructurales y coyunturales. Ya habíamos mencionado dos factores claves: cultura política de exclusión radical y acumulación monopólica asentada en la sobreexplotación laboral y en la subordinación de la burguesía tradicional asociada a la dictadura.

A estos factores estructurales se agregaron el drenaje de divisas por la facción trujillista, el gasto en armamento producto del incremento de la actividad opositora, las limitaciones de recursos en divisas y el incipiente proceso inflacionario que afectó los salarios urbanos. Adicionalmente, sobrevinieron cambios en el contexto político regional con la caída de Rojas Pinilla en Colombia, de Pérez Jiménez en Venezuela y de Fulgencio Batista en Cuba. Todos esos hechos eran consecuencia de la política vaticana de Juan XXIII y de las nuevas necesidades geopolíticas de la política norteamericana en el Caribe a partir del ascenso de la Revolución Cubana al poder en 1959.

En medio de estas condiciones o factores materiales y de entorno se produjeron las acciones revolucionarias de las expediciones del 14 y 20 de junio de 1959 desde Cuba para organizar un ejército guerrillero. Al poco tiempo surgió la organización clandestina del Movimiento Revolucionario 14 de Junio y el reagrupamiento de fuerzas opositoras como el Movimiento de Unión Revolucionaria (MUR); y, al final, el complot con apoyo de la CIA de un grupo desgajado del trujillismo y con participación de la burguesía tradicional. Este complot culminó, al igual que con Lilís (1899) y Cáceres (1911), con la ejecución del tirano Rafael Leonidas Trujillo Molina y el inicio, de nuevo, de otra prolongada crisis de hegemonía.

El período comprendido entre el 30 de mayo de 1961 y el 24 de abril de 1965 expresa esa aguda crisis de carácter hegemónico. Una vez ejecutado Trujillo, la burocracia trujillista, la burguesía tradicional, el poder norteamericano y la emergente organización de la sociedad civil popular, luchan por la sucesión o ruptura del trujillismo. Hubo situaciones desde el golpismo tradicional (1961-1963), la huelga general (1961-64-65), gobiernos oligárquicos (Consejo de Estado y Triunvirato, 1962 y 1964), democrático-populistas (Juan Bosch, 1963) hasta conspiraciones militares e insurrección popular generalizada (1965), culminando con la tercera intervención militar yanqui de este siglo.

El poder norteamericano trató, haciendo todos los esfuerzos posibles, incluso represión generalizada (exilio, prohibición de "actividades comunitarias", ingerencia de sindicatos, asesoría militar conocido como MAAG), de mantener una hegemonía con coalición criolla, lo que no

pudo lograr frente a la creciente movilización de la sociedad civil popular.

El 24 de abril de 1965 estalló una crisis generalizada en el ejército dominicano al producirse un alzamiento militar que quebró el espinazo del ejército. Se generó el armamento general de las masas populares insurrectas, como una reedición de la Comuna de París de 1871, surgiendo el poder popular armado como coalición cívico-militar justiciera, lo que determinó la decisión de intervención militar norteamericana iniciada el 28 de abril de 1965.

De nuevo la crisis aguda de hegemonía generaba la decisión de intervención militar de los Estados Unidos para organizar una dictadura colonial de ocupación, ordenar el curso histórico dominicano, ahogar el protagonismo popular y establecer un relevo colonial que permitiera dar continuidad en el largo plazo a las estrategias de acumulación acordes con un orden político que sirva a esos procesos sin entorpecimientos ni rupturas. En efecto, la intervención militar norteamericana, aunque no produjo la derrota militar constitucionalista, creó las bases para un ordenamiento del largo plazo a partir de unas elecciones, en mayo de 1966, bajo tropas de ocupación. La finalidad era garantizar una candidatura aceptable a su estrategia en la persona del Dr. Joaquín Balaguer, y una reorganización estatal como vía capitalista dependiente en función de su genética: el poder de las fuerzas de ocupación y sus intereses.

Alrededor de tales fines, se produce un lento y largo proceso de reformulación de los ejes clásicos de acumulación del sector agropecuario-azucarero-miñero, teniendo como eje al Estado, además de nuevos ejes cuyos centros son los servicios financieros, turísticos y la agroindustria y las zonas francas industriales. Además, estos sectores sustituyeron al Estado como apropiadores de las divisas y, por ende, de los flujos del mercado mundial.

Doce años de gobierno del Dr. Joaquín Balaguer (1966-1978), ocho años del Partido Revolucionario Dominicano (1978-1986) y seis años más en curso de Balaguer (1986-1992) han contribuido a ese reordenamiento bajo la tutela del Fondo Monetario Internacional (FMI), hacia una sociedad cada día más excluyente y opresora. De una sociedad predominantemente rural en 1961, con 68% de la población perteneciente al sector rural, hemos transitado hasta una sociedad predominantemente urbana, con 52% de la población residiendo en las ciudades. Concomitantemente, se produce un porcentaje de desempleo abierto de un 32% de la población económicamente activa (PEA), el analfabetismo con una tasa mínima de 34%, una migración masiva que hace las ciudades de Santiago y Santo Domingo capitales macrocefálicas con 2 millones 300 mil habitantes y una migración al exterior (Puerto Rico, Estados Unidos y Venezuela) de más de un millón de dominicanos.

Es decir, la periferización tiene una dimensión múltiple. En primer lugar, el vaciado del campo: en 30 años la población rural ha descendido

del 68 al 42% de la población. La porción que emigra es sustituida como fuerza laboral por unos 500 mil migrantes haitianos que ocupan puestos de trabajo en diversos cultivos agrícolas y la economía urbana, dándose una doble marginalidad rural de dominicanos y haitianos. Una creciente marginalidad y periferización urbana se expresa en la ciudad capital de Santo Domingo, donde el 18.62% del área territorial es ocupada por el 64.55% de la población y el 62.23% de la vivienda; mientras tanto, el 81.38% del territorio capitalino es ocupado por el 35.35% de la población que vive en el 37.77% de las viviendas.

El modelo extrovertido basado en servicios financieros, zonas francas, turismo y agroindustrias, con todo su énfasis urbano-aristocrático radical, ha producido una creciente concentración de ingresos y una pauperización que se expresa en las aterradoras cifras sobre ingresos correspondientes al año 1989: el 20% más rico se apropia del 60.70% del ingreso, lo que implicó que en ese mismo año 3.2 millones de dominicanos vivían ya en condiciones de pobreza y 2.1 millones en condiciones de indigencia. Ello significa, de acuerdo al Centro de Investigación Económica (CIECA), que el 57% de todos los dominicanos eran pobres y el 30% indigentes.

Ello explica la creciente emergencia popular, la multiforme organización popular, las luchas progresivas contra la concentración y la exclusión. Esto llevó a la pequeña revuelta social de agosto de 1979, a la insurgencia social generalizada de abril de 1984 y a las 10 u 11 huelgas generales desde esa fecha hacia acá, cuatro de ellas en 1990 y una general y otra parcial en 1991. Esos hechos se sucedieron a pesar de los intentos del sistema político tradicional de manejar las contradicciones sociales recurriendo a mediaciones de "concertación".

Este nuevo contexto implica una globalización planetaria en nueva fase del capitalismo tradicional y una "cuarterización" por la vía de la economía de servicios de la periferia capitalista. Es decir, sobrevienen mayor concentración y mayor exclusión en las decisiones planetarias y en los sistemas políticos nacionales de acuerdo con la división internacional del trabajo.

El "nuevo orden mundial" significa la redefinición global y definitiva de la burguesía dominicana como intermediaria y participe de una coalición hegemónica que necesariamente deberá profundizar la exclusión de las mayorías y el ajuste del sistema político a la soberanía del capital en las empresas y en la participación electoral coyuntural.

Conmemoramos 500 años de exclusión, y 1992 fue, en su conmemoración ritual oficial, un acto de exclusión, al que debimos responder con la interrogante de Montesinos: ¿Con qué derecho? ¿En nombre de quién hacéis lo que estáis haciendo?

El reclamo de soberanía popular deberá expresarse en todos los niveles y todos los espacios, la única forma de superar la exclusión histórica y elevar la potencialidad popular como sujeto protagónico, es decir, la participación como capacidad colectiva de hacer.